

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

TEATRO DEL CIRCO.

HACER CUENTA SIN LA HUESPEDA;
comedia en tres actos y en verso, original
de don Francisco Flores Arenas.

En la noche del lunes pasado se puso por vez primera en la escena gaditana la nueva comedia debida al buen ingenio de nuestro amigo don Francisco Flores Arenas, contra la cual han lanzado censuras injustisimas algunos críticos de la corte, enemigos declarados del Teatro Español. Nosotros vamos á analizar ahora detenidamente esta comedia, y á manifestar nuestra opinion, con la imparcialidad que nos sirve de guia en nuestros escritos. Para nada, como verán nuestros lectores, tendremos presente la amistad con que no solo nos favorece, sino nos honra, el señor Flores Arenas, y para menos aun la guerra cruel que han hecho en Madrid á esta obra, asi los autores de dramas desechados por la junta de lectura del Teatro Español, como los que antes eran dueños absolutos del coliseo del Príncipe; ó mejor dicho, señores de horca y cuchillo con ju-

risdicion bastante para hacer representar sus producciones y cerrar las puertas á los que no los veneraban como ídolos; y ahora se ven derrocados de los altares que les fueron contruidos ó por el capricho de la ciega fortuna, ó por el afecto de la amistad ó por deseos poco nobles.

La accion de *Hacer cuenta sin la huésped*a se finge en Cádiz y en casa de cierto don Roque, gran proyectista, uno de los muchos que hay en este venturoso siglo diez y nueve. Este señor esperaba á la condesa de Alto-Pino para hospedarla en su casa por recomendacion de un amigo residente en Madrid, á quien debia muchos favores. En efecto, al alzarse el telon, llega la forastera en ocasion de estar don Roque en la calle con su hija Luisa. Traba la condesa conversacion con Rosa, la criada, y de ella se informa minuciosamente de los galanes de la niña y de las cualidades de cada uno. Tres eran los pretendientes: un don Gil, viejo sesenton y elegante como mancebo de veinte, usurero y á mas á mas codicioso de la herencia que esperaba de un tio en Indias la Luisita: un don Augusto, jóven muy embustero y galanteador por grangería: es decir amante del matrimonio siempre que este fuese un objeto de especulacion; y por último un don Ramon, oficial de artillería que amaba entraña-

blemente, rayando su pasión en locura, y siendo en verdad el menos favorecido. El diálogo de Rosa y la condesa es interrumpido por la llegada de don Gil, quien á fuer de muy amigo de la casa, determina acompañar á la forastera en tanto que don Roque vuelve con su hija. En la conversacion de uno y otro le declara en secreto la condesa que el tío residente en Indias ha muerto; pues ella pocos dias antes de salir de la Habana supo su fallecimiento. Escita á don Gil á que venza con astucia á sus rivales y le ofrece su apoyo, siempre que él le participe cuanto indague acerca de los amantes de la Luisita. Aquí, por lo que se vé, la condesa tenia algun interés oculto en la averiguacion de todo lo concerniente á la niña, persona á quien jamás habia visto.

La condesa se retira á su cuarto á arreglar su equipaje, y á poco aparece, despues de ido don Gil, con una carta en la mano para que Rosa la encaminase al sujeto á quien era dirigida.

Don Augusto llega en busca de don Roque, y con la confianza que le daba la gran amistad que con él tenia, entra en la sala á esperarlo. Encuentra en ella á la condesa y ésta, artificiosamente, dá á entender su pasión por las novelas modernas, manifestándose extravagante á mas no poder.

Por eso en dulce lectura,
llena de emociones mil,
me estasio en la hermosura
de esa escéntrica figura
de Adriana de Cardovil.
Y de Jorge Sand en Francia
sueño que el laurel conquisto;
y amo en Balzac la inconstancia,
y admiro de Monte-Cristo
la sublime extravagancia.

El don Augusto que era galanteador de profesion y hombre que siempre acostumbra

llevar el son con que se cantaba, responde de esta suerte:

Señora os comprende mi alma
tal vez cual vos delirante;
voy en pos del Judio errante
y envidio al tostado Djalma.
¡Qué cúmulo de pasiones
encierra el Asia y qué fuego!
¡Quién volára á las regiones
para apurar ilusiones,
aunque me abrasasen luego.
Y en fin ¡quién de allí volar
podiera á la zona fría,
y en sus nieblas meditar
y beber agua del mar,
como Han de Islandia bebia!

La condesa que al parecer llevaba una idea hostil contra Luisita, conociendo la condicion de Augusto, empieza á hablar de las fincas que ella supone tener en Andalucia, y acaba en preguntarle si unas letras que le presenta estaban dadas sobre casas seguras. Y luego añade, así como por casualidad, que era de estado viuda. Con esto don Augusto, hombre que esperaba hacer su suerte por medio de un buen matrimonio, jura para sus adentros pretender á la condesa; pero cuando ya vá á poner en juego los preliminares de una declaracion, hé aquí que llegan de misa don Roque y don Ramon.

Despues de saludar la condesa á los reciénvenidos, pregunta á media voz al oficial de artillería si recibió una carta, y éste le responde afirmativamente. Hablase luego de un baile que se habia de celebrar aquella noche en una sociedad. Todos ofrecen asistir á él; y desde luego piden Augusto y don Ramon á la condesa uno el rigodon primero y el otro el primer wals. Don Roque, hace gala entónces de uno de sus proyectos en el siguiente coloquio lleno de oportunidad y de chiste:

Roque. Otro día os diré de cierta empresa por acciones. Es proyecto que me bulle en la cabeza.

Condesa. Como qué cosa?

Roque. Es un buque sin máquina y sin caldera que navega á todos rumbos contra el viento y la marea.

Augusto. ¡Gran mejoral

Ramon. Pero hombre, ¿entonces cómo navega?

Roque. Tirado por perros de aguas que para el caso se adiestran.

Augusto. Así se evitan catástrofes de máquinas que revientan.

Ramon. Mas reventarán los perros.

Roque. No tal: que habrá en cada legua casas de postas flotantes para remudar las bestias.

La Luisita, viendo que sus amadores comenzaban á preferir á la condesa y á pedirle anticipadamente walses y rigodones, se desespera en un diálogo que tiene luego con Rosa, con el cual fenece el acto primero.

La acción del segundo pasa en la sala de juego de un baile. Don Roque y su amigo don Perpetuo aparecen jugando al ajedrez; posición en que permanecen hasta la caída de la cortina. Así como el argumento de la comedia está perfectamente llevado en todo el acto primero, razón es confesar que en el segundo no hay igual felicidad en la trama. La causa es muy sencilla. Todos los sucesos que se fingen son escenas de amor y celos entre los pretendientes de Luisita, algunos de ellos enamorados ahora del inmenso caudal de la condesa. Solo adelanta la acción en dar á conocer mas aun el carácter de cada uno de los personajes y en mostrarse la condesa, en un diálogo con don Ramon, como estrecha amiga de una hermana que éste tenía en la Isla de Cuba y de la cual ella aparenta saber los mas recónditos secretos.

Uno de estos era tener proyectado el casamiento de su hermano: noticia que á la verdad alhaga poco á Ramon por estar ciegamente enamorado, aunque mal correspondido, de la Luisa. Esto es lo único que se adelanta en la acción durante el acto segundo. Los demas sucesos no tienen consecuencia alguna para el desenlace, ni para el nudo de la fábula. Los mismos jugadores de ajedrez, tampoco están introducidos para la trama. Ellos permanecen en la escena todo el acto, del mismo modo que pudieran no permanecer: tanta es su inutilidad con respecto á la acción: no obstante, creemos que el señor Flores Arenas habrá colocado esto dos personajes, quizá con el propósito de que nunca la escena quede sola, guardando con esto un respeto al arte que sin duda honra mucho á este ingenio gaditano ante los ojos de los críticos imparciales. Tal vez se pueda censurar al señor Flores de que no ha sabido sacar mas partido de la colocación de don Roque y don Perpetuo para animar el diálogo, haciendo mezclar las palabras de su juego con el coloquio de las demas personas que entran y salen en la escena, cosa que ensayó con felicidad y destreza en su comedia *Pagarse del exterior* con unos jugadores de tresillo.

Pero si la acción adelanta tan poco en el acto segundo, ya en el tercero el señor Flores dá nuevas muestras de su buen ingenio y arte.

La condesa que á toda costa trata de separar á Augusto de sus pretensiones acerca de la Luisa, lo entretiene con esperanzas. Su objeto, como se vé, es que este rival temible por estar mas favorecido de Luisa, no sirviese de obstáculo á don Ramon en su empresa amorosa.

Hecho esto, manifiesta á don Roque que el tío de la niña habia fallecido en la Ha-

bana. Este se apresura, sabiendo la llegada del correo marítimo á ir á casa de don Perpetuo, persona que recibia las cartas que eran dirigidas al proyectista. Venida la que con tanta ansia se esperaba, se lee á presencia de todos por don Roque:

«Señor don Roque de.... et cétera.
«Amigo y dueño: no quise
«escribirle hasta la fecha;
«porque antes fuera imposible
«dar de todo exacta cuenta.
«Un asma rebelde y crónico
«dió con don Canuto en tierra
«y falleció» (¡trance amargo!)
«testando una suma inmensa
«en fincas como en dinero....»
Qué forni.... digo qué pena!
Este cúmulo de afectos
traban á un hombre la lengua.

«Que á puerta cerrada deja
«á un hijo.... que há pocos años
«hubo en una esclava negra,
«y al que in artículo mortis
«por descargar su conciencia
«legitimó....» Qué maldad!
«andarse á lo calavera
«teniendo hijos sin sanc'on
«de la santa madre iglesia.

Sabido esto, la condesa escita á los amantes de Luisa para que la pidan á don Roque en matrimonio, y para que ella elija entre todos los pretendientes.

Niégame don Gil por no ser la niña heredera: don Augusto, entretenido por las falsas esperanzas de la condesa, hace lo mismo; y don Ramon tan solo ofrece á Luisa la mano. Entónces la condesa se declara diciendo que es la hermana de don Ramon, residente en América: que lo dejó niño en España muchos años habia, y que esta era la causa de no conocerse: que ella enviudó, y luego pasó á segundas nupcias con el conde de Alto Pino, jóven á quien amaba con alma y vi-

da y de quien era esposa.

La trama, como se infiere está perfectamente dirigida desde el principio y con habilidad desenlazada. Sin embargo, algunos creerán nada importantes para el fin de la comedia las esperanzas de casamiento dadas á Augusto por la condesa con el fin de distraerlo de sus amores con la Luisa por creerlo un rival temible para su hermano. Pero hay que advertir que la condesa sabia la muerte del tío en Indias, de quien se suponía heredera á la niña, pero que ignoraba lo del hijo que este viejo hubo en su esclava.

La comedia está bien versificada y llena de chistes de muy buen gusto. Esto, aun los mismos injustos críticos de la obra del señor Flores, no han podido menos de confesar.

De todo lo dicho se infiere que *Hacer cuenta sin la huésped*, bien merece el nombre de *comedia rica en dotes literarias de buena ley*, como dijo oportunamente *El Pais*, único periódico de la corte que hasta ahora ha mostrado mirar con ojos de imparcialidad la primera obra dramática estrenada en el Teatro Español: crimen imperdonable para los autores de dramas desechados por la junta de lectura y para los enemigos de este establecimiento.

Sin duda alguna, la comedia del señor Flores no es de aquellas que *forman época*, como ahora se dice, en la historia literaria de una nacion; pero al cabo tiene los méritos suficientes para ser contada entre las muchas buenas que se deben á los mejores ingenios que han honrado y aun honran las musas castellanas.

Los actores todos se esmeraron en la representacion de esta comedia. Terminada, fué llamado á la escena el señor Flores por los aplausos del público. Lo mismo sucedió en

la noche del viernes 29, cuando se representó por segunda vez *Hacer cuenta sin la huésped*.

FUR FURIS Y RAPIO RAPIS.

MAS ACERCA DEL ISLEÑO.

En el número anterior dimos cuenta á nuestros lectores de cierto fenómeno periodístico, que para alegrar los ánimos y mover la risa de los habitantes de la ciudad de San-Fernando salia á luz con el título de *El Isleño*.

Nos burlamos entónces de cierta composicion de versos largos, muy largos, y estraordinariamente largos, escritos sin duda para las orejas del rey Midas (que entre paréntesis eran de asno), la cual nos tomamos la libertad de insertar otra vez en nuestro periódico, para lo que luego verá el curioso lector. Dice así:

*Exhausto de razon, de mí olvidado
por una hermosa pradera entraba
tras la cual continuaba
un valle horrible y tenebroso
donde ví un salvage que asomaba
de negro humo y llamas rodeado
con mirar espantado
y aunque temí supe fingir valor
para decirle dó iba sin temor.
Mas él con voz horrible y espantado
me dijo ¿y tú dó vas hombre perdido?
¿Que? ¿No oyes el gemido
que sale de este valle abominable?
Vuelve que vá al infierno esta floresta:
si al cielo quieres ir, vé por la cuesta.*

Ahora bien : estos versos que están puestos en *El Isleño* como obra de la redac-

cion, ¡maravillense nuestros lectores! son *furtados* al pobre Rengifo, flor y nata de los majaderos y maestro en cuya escuela han estudiado y estudian con ardor el arte de decir necedades los tontos aprendices de poetas. Véase aquí la misma composicion que los redactores del *Isleño* se han apropiado *Mutatis mutandis*, ó por mejor decir, *Estropeatis estropeandis*.

*Ageno de razon, de mí olvidado
entré por una fresca praderia
tras la cual se seguia
un valle horrible, hondo y tenebroso
de donde ví un salvage, que salia (1)
de negro humo y llamas rodeado
con paso acelerado;
y aunque temí fingi del animoso.
Preguntéle dó iba presuroso,
mas él con voz confusa y espantable
me dijo ¿y tú dó vas, hombre perdido?
¿no oyes el gemido
que sale de ese valle miserable?
Vuelve que vá al infierno esta floresta,
si al cielo quieres ir, vé por la cuesta.*

¡Justicia venga del cielo! ¿Qué hace la guardia civil que deja de esta suerte robar en poblado? ¿Y no solo robar sino maltratar de una manera tan bárbara y cruel á los difuntos? Esto, ¡vive Dios! ya toca en sacrilegio. Aplíquese desde luego al autor de este plágio todo el código penal, ó de lo contrario diremos á voz en grito que ¿á dónde ha ido á parar la justicia?

Sin embargo, tal vez los redactores del *Isleño* al atribuirse y estropear las galas viejas del tonto Rengifo, no llevarian mas propósito que copiar en su periódico una cosa buena. Pero de todos modos siempre resulta que no saben ni aun copiar.

En él Isleño no salia; clara razon que estaba dentro el salvage.

Nuevo proyectista.

Cada día van apareciendo en España nuevos descubridores del invento del señor Palomino, harto conocido de nuestros lectores. Tenemos ya en plaza otro aspirante á este descubrimiento, del cual hablan los periódicos de la corte, por cierto con alguna mas desconfianza y reserva que cuando el mecánico sevillano anunciaba su gran hallazgo.

Un artesano llamado Luciano Soura, y vecino de la gran villa de Baza, es el digno competidor del señor Palomino, al que ha de dejar esta vez eclipsado, si es que puede eclipsarse, la gloria de tan alto ingenio. La noticia que de este invento tenemos, es debida al mismo autor, que ha tenido á bien remitir á la *Ilustracion* un artículo revelando su pensamiento y aún indicando ligeramente el medio de que se sirve para el logro de su portentoso objeto.

Antes de entrar en materia el señor Soura, dice por vía de exordio, entre otras cosas, lo siguiente:—«Cuando el deseo de analizar ha intentado servir en la mecánica de las fuerzas de sangre, aprovechando desde la del *corpulento buey* hasta la del *debil raton*, racional parece la publicacion de mi descubrimiento.»

La lectura de este párrafo predispone ya á favor del mecánico de Baza; el concepto que aquel encierra nada tiene de comun por cierto, antes bien mucho de incomprensible por lo sublime y profundo.

¿No es sublime en verdad la idea de que «el deseo de analizar ha intentado servirse de las fuerzas de sangre?» Un deseo intentando servirse de fuerzas, es un pensamiento demasiado elevado para nuestra pobre inteligencia. Lo que menos alcanzamos á comprender, es cómo el pícaro deseo que no habia hecho mas que intentar, se aproveche al propio tiempo desde la fuerza del *corpulento buey* hasta la del *debil raton*. Aquí encontramos algo mas que tentativas. Pero dejando esto aparte. ¿Quién habia de decir, si no lo afirmara el señor Soura que tambien se aprovechaba la mecánica de la fuerza de los ratoncitos? Hé aquí un hallazgo que vale tanto, ó quizás mas, que el del mo-

vimiento continuo. ¡Pues es friolera haber convertido en motor á un animalito tenido equivocadamente hasta ahora por muy perjudicial, y al cual se ha perseguido siempre con injusta y terrible crueldad! Cuando esa idea cunda un poco, ¿cuánto valor no tomarán las casas donde se anidan y abundan estos nuevos y traviesos motores? Léjos de huir de ellos se buscarán y comprarán, y tendremos un nuevo ramo de comercio como otro cualquiera, pues segun la economía política, las cosas que parecen mas viles y despreciables, desde el momento en que sirven para algo, toman valor y estimacion. Para que todo esto suceda, falta únicamente que el señor Soura, persona por lo visto amante de la publicidad, se tome la molestia de manifestar al mundo el modo de utilizar la fuerza del raton, que de aquí será ya fácil pasar á hacer igual uso de la de las ratas. ¡Poquito se ganaria empleando estos vichos destructores en faenas en que solo sirve la fuerza fisica del hombre!

Por ejemplo, en lugar de roer y echar á perder las provisiones de los buques, se les destinarian en algunas de las maniobras de abordo, y se conseguia así poder disminuir la tripulacion.

Pero dejemos los ratones y las ratas que tiempo es ya de que hablemos del descubrimiento principal del señor Soura.

Oigámosle para admirarle:

«Ocupado, dice, en las artes á que estoy aplicado desde la infancia, he dedicado mis insomnios á la invencion de una máquina sencilla que funciona por sí sola, sin cesar jamás su movimiento, y he visto coronados mis esfuerzos.»

Por lo que se vé su descubrimiento ha hecho pasar al mecánico de Baza las noches en vela; pero en cambio podrá tenderse ya á la larga, puesto que ha visto coronados sus esfuerzos. Verdad es que se nos hace cuesta arriba el creer que una máquina funcione por sí sola, sin cesar jamás su movimiento. Pero en esto consiste precisamente el mérito de la invencion. Siempre hemos estado en el error de que las máquinas no podian dar lo que no tenian, y que solo eran medios de aplicacion de la fuerza. Y lo peor es que somos tan testarudos que no hay poder humano que nos quite esta idea de la cabeza.

Ya en otras ocasiones hemos alegado los motivos que para pensar así tenemos. Escusado es, pues, repetirlos. Sin embargo, dejemos hablar al articulista, y no pierdan nuestros lectores ni una de sus palabras, que ellas quizá les convenzan:

«Espuesta al horizonte una parte de mi sencillísimo mecanismo, agrega, la atmósfera la comunica en poco tiempo potencia bastante para sostenerse en movimiento por un año y aun mas.»

Grande, colosal debe ser una máquina, de la que solo una parte queda espuesta al horizonte; tal vez las otras se coloquen allá en nuestro cénit. Curioso será saber cómo la atmósfera comunica esa potencia de que habla el señor Soura. Porque aquella no es fuerza motriz en tanto que no se mueva ó agite, y entónces toma el nombre de viento. Jamás habíamos oído decir *la fuerza de la atmósfera*, sino la del viento. Quizá el inventor haya querido referirse á la presión atmosférica; pero en tal caso no comprendemos cómo sin hacerse el vacío pueda obrar sobre parte alguna de la máquina. Y si para moverse el mecanismo del señor Soura es indispensable se haga en alguna parte el vacío, ¿cuál es la fuerza que ejecuta esta operación? ¿La máquina misma? Entónces, ¿para qué la atmósfera? Además, ¿de qué motor recibió su acción, antes de haberse hecho el vacío? A esto tal vez responda el referido señor, que de ella misma. Si es así, nada hemos dicho, porque á comprender tan profunda idea no alcanza nuestro entendimiento.

Otra dificultad se nos ocurre, y es á saber: ¿si esa potencia llamada atmósfera le comunica su acción, ¿cómo se concilia esto con lo que antes dijo, de que *la máquina funcionaba por sí sola*? Por otra parte, si la atmósfera la transmitió ese incógnito poder para que se sostenga un año el movimiento, ¿porqué lo llama continuo? Pero cualquiera creará encontrar la respuesta en lo que el señor mecánico nos dice á renglon seguido. Hélo aquí:

«Cuando ha completado este depósito de potencia, el mismo mecanismo cierra y obstruye la embocadura por donde la recibe, y se van reponiendo las fuerzas gastadas, y siempre permanece el depósito que constituye la continuidad del movimiento.»

Pero se nos ocurre otra duda, hija tal vez de nuestra torpeza, ¿si la máquina tiene la facultad de hacer un depósito de potencia, para qué sirve esta? Y si es indispensable para el movimiento, ¿cómo pudo hacerse el depósito sin su auxilio? Por manera, que unas veces se pone en acción el mecanismo del señor Soura sin motor alguno, y otras ha menester de eso que denomina potencia, para que continúe el movimiento. ¿Si la fuerza de la palanbra del inventor bastó para imprimirsele á la máquina durante un año, ¿no seria preferible que pronunciara aquella (que sin duda ha de ser mágica) de doce en doce meses, á tomarse el trabajo de formar ese depósito de que nos habla? Una palabra pronunciada de año en año no es cosa que incomode mucho; y si encomendaba este trabajo á alguna muger, tal vez le sirviera gratis et amore.

El secreto de la invención debe consistir principalmente en la palabra descubierta por el señor Soura, á la que ha de obedecer humildemente su sencillo mecanismo. ¡Oh poder inmenso de la palabra! ¡Quién poseyera este don precioso que cual un talisman nos proporciona cuanto apeteecemos, y te de un poder sobre-humano!

Envidiemos y admiremos todo nico alicantino, gloria y orgullo del le vió nacer.

A LA LUNETTA.

La redacción de la *Luneta*, periódico literario que se publica en la corte, nos ha dirigido varios artículos contra lo que hemos escrito en defensa de la comedia del señor Flores Arenas, *Hacer cuenta sin la huésped*.

Nosotros no hemos negado, porque no debíamos hacerlo, el derecho que tienen los periódicos de censurar las obras dramáticas. Pero no vemos en persona alguna, por grande que sea su reputación literaria, autoridad suficiente para fallar *ex-cátedra* con respecto al mérito ó desmérito de una obra.

Es cierto que una gran parte de los críticos ó mas bien *detractores* de esta comedia, han manifestado al público su opinion adversa. Mas ¿se han cuidado por ventura de probar con razones sus palabras? Nada de eso. Todos han dicho que la comedia es insípida, que es fria, que es vulgar, y por último, que es mala; pero al mismo tiempo han guardado con cien llaves los argumentos en que sustentan su parecer. Para hablar contra una obra, es necesario analizarla muy detenidamente: pues aunque tenga mucho valor ante los redactores de la *Luneta* el fallo infundado de los injustos detractores de la comedia *Hacer cuenta sin la huéspedea*, ninguno tienen en realidad ante el tribunal de la buena crítica aquellas censuras que no van acompañadas de los racionios y de las pruebas. Ya pasaron, señores redactores de la *Luneta*, los tiempos del *Magister dixi*.

Por lo demás, ¿no han dicho dos de los censores de la comedia de nuestro amigo que el título de esta obra, no es ni aun *castizo*, siendo el refran *Hacer cuenta sin la huéspedea* antiquísimo segun Fernan-Núñez, Cobarrubias, Fray Luis de Leon, Terreros &c? Los señores de la *Luneta* no podrán menos que confesar que unos jueces que tanta ignorancia muestran son en verdad muy poco abonados. Por otra parte, todos los críticos de la comedia del señor Flores se han contradicho unos con otros, de un modo harto lastimoso. Por ejemplo: si la *Ortiga* afirmaba que el argumento de *Hacer cuenta sin la huéspedea* era un verdadero logogrifo, otro periódico lo llamaba trivial y sin interés alguno. Si la *Ortiga* decía que las escenas de esta comedia eran propias de tertulias de brasero y perro dogo, *La Nacion* las calificaba de fieles pinturas del aticismo de la culta sociedad gaditana. Pero ¿qué mas? Aun los señores redactores de la *Luneta* se han puesto en contradiccion consigo mismos. En el número 22 decian que en prueba de lo mala que era la obra del señor Flores Arenas, no había mas que ver cuán poca gente asistió á la primera y segunda representacion, y cuán pocos aplausos hubo en una y otra. Y luego, en la siguiente columna, aconsejaban á la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda que no consintiese la representacion de su tragedia *Saul*

en esta temporada, pues la ausencia de la corte, juntamente con lo adelantado de la estacion, hacia concurrir al Teatro Español á pocas personas, y el éxito de las obras era malo. Esto, á lo menos, muestra la pasion con que ha procedido la *Luneta* en las censuras lanzadas contra la comedia del señor Flores.

La misma redaccion de la *Luneta* niega que el drama *Juan Bravo* haya sido desechado del Teatro Español. Ciertas serán, como creemos, las palabras de este periódico; pero no se nos podrá negar que en la lista de comedias reprobadas por la junta de lectura, hay una con el título de *Juan Bravo*. ¡Maldita casualidad es sin embargo que á los quince dias de ver la luz pública la lista de estas obras, se representase en el teatro de la Cruz un drama nuevo con el mismo título!

Miscelánea.

Aguardan con impaciencia los aficionados al teatro á la distinguida actriz doña Teodora Lamadrid, que debe venir de la corte y pasar en Cádiz la temporada de baños. Mucho nos alegraríamos, si lo es posible á la empresa del teatro Principal, que tanto ha trabajado por formar una compañía digna de este pueblo, aprovechara la ocasion que se le ofrece de ajustar por algunas funciones á la digna competidora de la Matilde Diez.

—Hemos tenido ocasion, el último domingo, de admirar los conocimientos ecuestres de don Antonio Delgado, que pasando por el Puerto de Santa-Maria, á invitacion de sus amigos trabajó con el caballo perla de don Gil Virnez, de la ciudad de Arcos de la Frontera. Su inteligencia en la equitacion llega hasta tal punto, que, segun las personas mas entendidas, es hasta donde puede alcanzar el arte.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA, calle de la Aduana, número 20.